

sin esfuerzo á una oración que tenía más de entusiasmo que de piedad, más de placer que de plegaria.

Merced y Angelita habían creído sin esfuerzo, se habían dejado conducir á una felicidad en que se engreían, y en medio de la saciedad de su alma, juntaban el cielo con la tierra.

¡Ah, cuán felices eran! Todavía el aguijón de la duda no había acercado su punta envenenada á sus almas puras; todavía el negro mónstruo de la corrupción actual no había arrojado á su casto seno la bocanada de su aliento inmundo. ¡Amaban y creían!



CAPÍTULO IV.

La comida en la casa de Don Pedro María, las primeras páginas de una historia triste, Chucho el Níño en la procesión.

A la una, la casa de don Pedro María presentaba ya el conjunto más ameno y variado.

Casi todos los asientos de la sala estaban ocupados por las visitas.

En la mesa del centro se ostentaba una variada profusión de tarjetas, con los nombres, desde el del alto funcionario hasta el del criado doméstico jubilado.

Merced y Angelita engalanadas, ra-

diantes de aseo y de compostura, eran el centro de todas las atenciones.

Acaban de entrar á la sala, saludando graciosamente, tres jóvenes.

Uno es Pablito, el hermano de Mercedes y Angelita.

Otro es Carlos, el novio de Mercedes.

Y el tercero Gustavo, novio de Angelita.

Los tres, por lo tanto, causaron sensación en la concurrencia, porque mereced á aquella intriga de que hablamos antes, la novia de Pablito estaba en la sala.

Al observador le hubiera bastado mirar para leer las tres historias de amor.

La de Mercedes en el color de sus mejillas, porque desde el momento en que se presentó Carlos, Mercedes se puso más colorada de lo que estaba.

Angelita se denunció por un estremecimiento nervioso, y la novia de Pablito se hizo reo del mismo delito, porque dejó traslucir su disimulo.

De las tres historias de amor iniciadas, la de Mercedes merece nuestra preferencia y de ella nos ocuparemos en seguida.

Diremos por que.

Mercedes era un alma, tipo de pureza, y estaba predestinada á ser la víctima de las ideas nuevas.

Para el escritor de costumbres hay un mundo en esta palabra: *Reforma*.

La historia de Mercedes nos va á proporcionar la ocasión de presentar al lector la sinópsis de los efectos morales de la reforma en uno de sus mil resultados.

Hé aquí los elementos de las posteriores complicaciones.

La familia de don Pedro María pertenecía al antiguo régimen.

Cárlos iba adelante.

Merced era una hechura: la sugestión, la orden y la regla prescrita eran su guía: estaba acostumbrada á obedecer pasivamente y sin esfuerzo; la docilidad más perfecta se lo hacía todo fácil, y vivía casi sin responsabilidad moral.

Cárlos, por el contrario, se pertenecía á sí mismo, se elevaba; y su sed de saber le había hecho traspasar ya la barrera de la coacción moral; discurría con independencia, pensaba por su cuenta, analizaba.

No obstante estos elementos contrapuestos, Mercedes y Cárlos se amaban; y si se le preguntaba á Mercedes porque amaba á Cárlos, contestaba:

—Porque es muy buen mozo y muy simpático.

Cárlos amaba á Mercedes, porque Mercedes era un ángel.

Las dos causales, como se vé, eran las razones torales del amor.

El ruido, que como hemos dicho es tan propicio á los amantes, permitió á Merced y á Cárlos dialogar, aunque para ésto les hubiera sido preciso emplear algunos preliminares estratégicos.

—Qué bella está usted hoy, Mercedes.

Mercedes dió las gracias con una de esas miradas que las mugeres tienen á su disposición, y que les sirven más que las palabras.

—Mamá ha notado algo, dijo Mercedes después de la mirada.

—¿Le ha dicho á usted?

—No.

—¿Entónces?....

—Lo conozco en que tuvo más empeño que nunca en que me confesara.

Cárlos hizo un gesto.

—¿Y el señor don Pedro María?

—Mi papá no se fija en nada.

Este diálogo fué interrumpido por la llegada de los convidados que faltaban. Eran unas amiguitas, quienes después de los besos y mimos de costumbre se pusieron á ver las *cuelgas* y á analizar todos los obsequios hechos á Mercedes ese día.

La señora doña Rosario no tardó en presentarse en la sala á dar á los convidados la buena noticia de que la sopa estaba en la mesa.

Cárlos ofreció el brazo á Mercedes, Gustavo á Angelita, Pablito á su novia, y así cada galán eligió compañera á su gusto.

Un momento después el comedor presentaba un conjunto de los más agradables.

Había más de cincuenta personas, número mayor que el de cubiertos, y aquí fué Troya: eliminóse á los mucha-

chos como medida extrema y se les improvisó una segunda mesa en un rincón; en seguida se escurrió una anciana, después, se estrecharon las distancias hasta que por último, se colocaron todos.

El padre Martinez fué el primero que le hizo públicos honores á la suculenta sopa de raviolos, preparados por la señora de la casa.

El padre Martinez *repitió*, y á su ejemplo dos tías y algunos convidados.

Pablito estaba fatigadísimo haciendo los honores de la mesa, por librar á su mamá de esta tarea; y había tomado á pechos la de distribuir en platos un enorme platón colmado de disímbolas, legumbres y menudencias: pidió auxilio á sus adláteres y acabó proponiéndose no volver en su vida á ser distribuidor del complicado *puchero español*, en días solemnes.

Un pollo después de haber apurado tres copas, se atrevió á decir:

—Qué brinde el padre Martinez.

—¡Sí, sí, sí! repitieron todos.

—Vamos, padre Martinez, usted despunta; dijo con cierta autoridad don Pedro María.

El padre Martinez acabó con su último bocado, se pasó la servilleta por los lábios se puso en pié, y dijo:

En este plausible día
De reunión tan placentera,
De oro cítara quisiera
Para cantar mi alegría;
Mas no todo lo que ansía
Puede conseguir mi amor,
Ni me da todo el favor
Hoy aquí la musa mía,
Pues el profeta decía
Vinum lætificet cor.

Resonó un estrepitoso aplauso, que se prolongó al ruido que hicieron to-

dos los muchachos, repicando con los cubiertos y los vasos.

—Eso quiere decir, exclamó don Pedro María, que el padre Martinez necesita beber más para estar contento.

—No lo permita Dios señor don Pedro.

—A ver esa otra botella de Medoc;
—¿ó prefiere usted el tinto de la Rioja?

—Pero, señor don Pedro...

—Nada, padre Martinez, usted lo ha dicho: *Vinum lætificet cor*; conque á beber, á beber!

—Van á embolar al padre, dijo una polla.

—Me alegraré, dijo otra, porque se pone *chulisimo*.

—¿Qué quiere decir eso de *letifet cor*? preguntó una niña.

—Que el vino alegra el corazón, muchacha, contestó el señor cura.

—¡Pablito! que brinde Pablito! gritaron los muchachos.

—Pablito... dijo en tono de súplica una polla.

—¡Pablo! dijo Angelita ratificando.
La novia de Pablito no le dijo nada,
Pero lo miró.

Pablito esperaba solo esto para desenvolver un cartapacio.

—¡Silencio! que no hagan ruido en la cocina, gritó doña Rosarío.

—¡Esos niños! dijo una voz.

—Atención, que va á brindar Pablito.

Pablito se puso de pié, dirigió una mirada á su novia, después otra á Mercedes, tomó una actitud parlamentaria y prorumpió de esta manera.

«Dadme vino; en él se ahoguen
Los recuerdos; confundida
Sin cesar huya la vida;
Paz me traiga el ataúd.—(Espronceda.)»

Desdobló de nuevo el papel, hizo una pausa, tosió, y en tono más claro continuó:

«Númen de los ensueños juveniles,
Dame el plectro purísimo del oro,
Y al enjugar las gotas de mi lloro
Dale paz al marchito corazón.»

Después gritando y subiéndose medio punto de orquesta, continuó:

«¡¡¡¡Porque ya siento aquí todo un in-fierno,
Que mi pobre existencia martiriza...!!!
Y entre horribles tormentos agoniza,
Agoniza!... el marchito corazón...!»

¡Hermana amante que en la senda de flores
Vas recogiendo de virtud la palma,
Recibe las angustias de esta pobre alma
Que al Vesubio semeja en el vapor...!!!

Al terminar este arranque, hizo otra pausa, y luego continuó con voz apagada:

«Y cuando.. en tumba fría.. mi cuerpo inerte
Descanse... y sea día de tu santo,
¡Mercedes! piensa en mí pues sufrió tanto
En la vida... ¡¡¡mi marchito corazón!!!

Pablito se dejó caer en la silla.

—¡Bravo! ¡bravo! gritaron muchos.

Los muchachos emprendieron de nuevo el repique porque conocieron que era hora de aplaudir.

Doña Rosario se bebió una lágrima.

La novia de Pablito se entristeció.

—Este muchacho, dijo por lo bajo Don Pedro María al señor cura; este muchacho, con esas ideas tan lúgubres....

—Qué quiere usted, señor Don Pedro, los jóvenes de hoy.... En nuestros tiempos éramos más alegres.

—Hoy lloran más temprano, dijo el padre Martínez.

—¡Bomba por el padre Martínez! dijo un atrevido.

—Padre Martínez, una bomba por Mercedita.

—Ahora le toca al señor Don Carlos, contestó el padre Martínez, dirigiendo una mirada al novio de Mercedes.

—Con mucho gusto, dijo este, tomando una copa y poniéndose en pie:

—«Brindo, continuó, por la prosperidad y la dicha de una familia tan recomendable y tan virtuosa como la del señor don Pedro: porque ni una sola nube empañe el horizonte de sus días, recogiendo sin cesar los ópimos frutos de las virtudes de que es dechado.

Brindo por la felicidad de Mercedita.

Este brindis no fué muy aplaudido; pero en cambio fué entonces cuando Don Pedro María sintió enternecerse, y entonces cuando Mercedes creyó encontrar algo muy superior en Carlos.

—¿Qué le pareció á usted el brin-

dis de Carlos? le dijo una polla á Pablo.

—Este Carlos es muy serio, la da de diplomático.

—¡Ahora mi papá! gritó Angelita; tambien hace versos.

—Ya me lo sospechaba, dijo el señor cura.

—Yo no, absolutamente; eso se queda para Pablito mi hijo.

—¡Bomba por mi papá! gritó un chico.

—Vamos, señor Don Pedro, dijo el padre Martinez; no hay escapatoria. ¡Bomba por el señor Don Pedro!

—Pero si yo no improviso.

—¡Bomba, bomba! dijeron todos.

—Pero, ¡señores! ¿No es verdad, Rosario, que yo no hago versos? agregó dirigiéndose á su muger.

—¿Digo la verdad? preguntó doña Rosario, con una cara que revelaba

que allá en su imaginación revoloteaban algunos recuerdos de su juventud.

—Sí; pero....

—No de los que me has hecho á mí.

—¡Hola, hola! exclamó el padre Martinez. Eso era seguro.

—Sí; pero allá.... cuando jóven ... eso es otra cosa.

—Voy á denunciarlo.

—¡Á ver, á ver!

—Ha hecho un soneto á la Virgen de la Merced.

—¡El soneto, el soneto! dijeron varias voces.

Don Pedro María no encontró más excusas, é hizo una seña á un criado que trajo en seguida un bulto.

Era la edición del soneto, edición arrojadiza que iba á servir para la procesión.

Don Pedro María leyó el siguiente

«SONETO.

«El alto y grande Jove preparaba
De casta Virgen portentosa hechura,
Y por dar todo el lleno á su hermosura
Para los grandes fines que intentaba,

Más y más en su obra se empeñaba
Para hacer más perfecta á su criatura;
Y cuando ya sintiendo su ternura
Que el prodijío tan grande terminaba,

—Ahí va, á Tenocitlan con alegría
Dijo, y según la historia lo calcula,
Aparecióse en un sereno día,

Si tradición no miente ó disimula,
En mula la escultura de María
De la Merced y se perdió la mula.»

—¡Bravo, bravo! gritaron todos; y el aplauso fué más prolongado, en honor del autor y del asunto. Una de las ancianas suspiró con sincero fervor, y pidió un ejemplar, y en seguida pidieron todos.

Pablito se encargó de repartir.

—Exacto, mi señor don Pedro María, exacto; esa es la tradición, dijo el padre Martinez.

—De facto que no cabe duda, dijo el cura, sí señor, que se apareció nuestra Santísima Madre en un cajón en lomos de una mula, ¿Qué de dónde vino esa mula? Nadie lo sabe. ¿Qué quién puso el cajón? Adivina quien te dió; pero es el caso histórico y auténtico, mi señor don Pedro María.

—Yo quise, contestó don Pedro María con modestia, popularizar la tradición, porque siempre es bueno que los pobres que no tienen libros, sepan estas cosas.

—Muy bien hecho, señor don Pedro María, muy bien hecho.

—Porque ya ve usted, por desgracia nuestro pueblo es tan ignorante, señor cura.

—Efectivamente.

—Y nosotros los que sabemos algo tenemos el deber de inculcarle...

—Esto es, la tradición... y fomentar así su piedad religiosa y su... porque no se canse usted, señor don Pedro María, sin religión no hay nada.

La comida estaba en su apogeo: se saboreaba á la sazón los esquisitos chiles rellenos en nogada, por cuyo platillo recibió doña Rosario las felicitaciones de los convidados.

—Yo recomendé al padre procurador, que en la mesa que se sirvió hoy en el convento, dijo don Pedro María, no dejara de ponerse este platillo; soy tan aficionado á él, que aún sin probarlo, me gusta que lo haya en todas partes.

A la hora de postres, la animación de la mesa había subido de punto y se producía ya ese ruido, el ruido propio de que hemos hablado, y bajo cu-

yo grato rumor los novios dialogaban con holgura.

Todavía resonaron algunos brándis, pero la conversación se había hecho general, y merced á la influencia del vino la expansión era de la más comunicativa y agradable que pueda imaginarse.

Dos tías, las tías de las muchachas habían puesto en sus pañuelos una abundante provisión de pastelitos, frutas y dulces, después de haber encargado á la criada de confianza que les apartara de ciertos platillos.

En esto estaban cuando se oyó el segundo repique.

—El segundo toque, señor don Pedro.

—El café, dijo don Pedro, que traigan el café.

Este repique anunciaba que al siguiente saldría la procesión, lo cual re-

animó á los concurrentes y los obligó á apresurarse para concluir.

Don Pedro María se puso el frac negro y se hizo seguir de un criado que conducía en una primorosa cajita de caoba el santo escapulario de María Santísima, y se dirigió al vecino convento de la Merced.

Las muchachas no tardaron en coronar los balcones de la casa, que estaban adornados con limpias cortinas de musolina y lazos de seda de colores.

En todo el trayecto que se percibía de la calle se veían criados regando y barriendo con desusado esmero: atravesando la calle pendían de acera á acera cordales colgados de tápales y mascadas; y de trecho en trecho, especialmente en los cruceros de las bocacalles, *arcos de tule* adornados con zempatxochil.

No había puerta, balcón ó ventana en donde no estuviera colgada una cortina, y de las azoteas de algunas casas pendían gallardetes y bandillas de todos colores, que ajitados por el viento de la tarde, presentaban una orla movable y deslumbrante que completaba aquel agradable conjunto abigarrado de cortinas y adornos.

El entusiasmo religioso se hacía más palpable en las panaderías de la carrera de la procesión, porque veinte ó treinta hombres que vivían en una cautividad voluntaria, sentían, tal vez en virtud de su pobre condición, el espíritu de cuerpo, é interrumpían gozosísimos la monotonía de su vida árida y triste, con aquella fiesta anual, que si no los sacaba de su amasijo, los sacaba por lo menos de sus casillas.

En esa época el panadero era un esclavo, un hombre vendido á la sór-

dida avaricia de gachupin tirano y especulador que no recibía trabajadores, sino cuando estos, tal vez para pagar una deuda de honor, vendían á vil precio su trabajo y su libertad de muchos días, y aún de años enteros; por este medio el patrón se hacía de esclavos á quienes imponía su voluntad despótica.

Estos esclavos para quienes todos los días del año eran lo mismo, no vacilaban, en acercándose las fiestas de la Merced, en imponerse una nueva y crecida cuota y en reempeñarse en más, con tal de celebrar dignamente á la Inmaculada Patrona la Santísima Virgen de la Merced.

Generalmente inventaban que un ángel de carne y hueso descendiera por unos cordeles, desde la azotea de la panadería hasta colocarse sobre la cabeza de la divina Imágen para bañarla de flores.

El segundo punto del programa era quemar algunos miles de cohetes, arrojar algunas arrobas de flores deshojadas y de obleas, y por último regalar al pueblo también algunos miles de piezas de pan arrojadizas.

Después del segundo repique, ya los balcones, azoteas, puertas y ventanas, estaban coronadas de gente; y las boca-calles todas que convergían á las calles de la carrera de la procesión, estaban obstruidas por multitud de carruajes; además, todas las banquetas estaban llenas de concurrentes y en algunas partes había largos estrados formados de sillas y bancas que se alquilaban á los que venían de lejos á ver pasar la procesión.

Todo lo cual se comprenderá fácilmente si tenemos en cuenta que en ese día se cerraban las oficinas y el comercio, y que la procesión de la Merced

conmovía, sin excepción, á los doscientos mil habitantes de la capital y aún á algunos otros más de los pueblos vecinos.

Por el centro de las calles discurrían á paso lento los jóvenes amantes, los pollos vecinos de otros barrios, los oficiales de la guarnición vestidos de gala, y en fin, el sexo feo haciendo un aleteo en masa, husmeando pollas y gallinas y deleitándose la vista con la triple hilera de palmitos frescos y rozagantes.

Entónces las gentes se veían unas á otras, y como en virtud de pensamiento religioso no había un solo pollo á quien le diera vergüenza andar en la procesión, ni á quien le ocurriera llamar idolatría á la adoración de la Imágen, ni mucho menos quien se atreviera á burlarse de aquel acto piadoso y de aquella costumbre inveterada, ha-

bía una animación en aquel conjunto y tal homogeneidad, que el acto tenía mucho de solemne y de grandioso.

El tercer repique difundía por los aires un rumor colosal producido por más de cincuenta mil voces: había llegado el momento; la procesión iba á salir. Abría la marcha una escuadra de batidores armados con los relucientes instrumentos de zapa, instrumentos que por entonces sabían más de procesiones que de trabajos de paralelas, de asalto y otros no menos rudos.

Algunos de estos gastadores que en la mente del ministro de la guerra fueron desde su creación hombres robustos y de aspecto imponente, llevaban barbas postizas, porque desde entonces no hemos concebido ni el aire marcial ni la elegancia del soldado, sino al través de los figurines franceses, pero nunca en las líneas puras de la raza azteca.

Después de estos aparentemente feroces guerreros, venían las archicofradías con sus estandartes, los hermanos y el acompañamiento de faroles adornados con penachos de cristal en hilos y con *almendras* y *prismas* colgantes, que producían un ruido particular al chocar con los vidrios planos de los faroles.

Venían después en número considerable niñas vestidas de indias, y niños de polleros, carboneros y vendedores de *buteas*, jaulas, etc.

Esta costumbre era una manifestación pública de que los padres consideraban ya á los indios también como hijos de Dios y herederos de su gloria después de la bula de Su Santidad que se dignó declararlos racionales desde Roma.

Venían atrás niñas vestidas con trajes blancos y coronadas de flores, y á

quienes todo el mundo convenía en llamar *almas gloriosas*.

Multitud de niños seguían también la procesión vestidos de ángeles.

Estos ángeles de procesión, en lo general, bien poco tenían de apocalípticos, ni mucho menos de aéreos, ni de poéticos; pero eran admitidos como tales ángeles, si ceñían su frente con una cinta, en la que se colgaban relumbrones y dijes, cinta que sostenía una gran pluma que nacía en el cerebro del inocente.

Ajustaban el cuerpo del ángel con un corpiño chillante y le ponían una tunicela con el indispensable respingo de un lado, para que le dejase ver su escuálida pierna ligada con cintas rojas.

Las alas, que ni eso les faltaba á los angelitos, eran de papel ó de hojalata, pues en las hojalaterías de entonces, se alquilaban á la par que tinas,

calentaderas y faroles, alas para ángel; artículo que, según la opinión de los hojaleteros modernos, está por los suelos, sin que por eso de los tales hojaleteros se pueda decir que se les han caído las alas.

Entre el numeroso séquito de ángeles, indios, indias y cautivos, que era la especialidad de esta procesión, pues como se sabe, la redención de cautivos fué el gran asunto de la orden; entre esta variedad de gremios, decíamos, descollaban los tres Reyes Magos, reproducción paródica y carnavalesca de aquellos que guiados por la estrella llegaron á la cuna del Salvador.

Estos tres Reyes Magos hacían su segunda exhibición, pues fueron los precursores de las fiestas en el v́ctor.

Este v́ctor era el convite ó el anuncio del novenario, y tenía por objeto repartir las invitaciones impresas en el

vecindario, pero que por mayor pompa se hacía esto sacando un gran carro fantástico en el que eran conducidos la imágen de la Virgen, San Miguel y el diablo, muchos cautivos, un homónimo en muchacho de San Pedro Nolasco, otro de San Ramon Nonato y otros de varios santos mercedarios.

Este carro era precedido por los tres reyes, por algunos moros á caballo y seguido de una música militar y de cien muchachos armados de cañaverales y de banderas, que gritaban hasta alborotar todo el vecindario:

¡Viva Nuestra Señora de la Merced!

Los mismos tres reyes se exhibían en la procesión y algunas veces el mismo carro como en el *v́ctor*.

Concurrían y formaban parte de la procesión, todos los religiosos de la orden y de las órdenes hermanas; asistían los padres de los Colegios de Por-